



# LA ROSAURA

## DEL GUANTE

Sucesos amorosos de los inseparables amantes  
Rosaura y Narvaez

### SEGUNDA PARTE

Ya dije en la primera parte noble y discreto auditorio, el peligro en que me vide; y aunque salí de él airoso, me hallaba confuso y triste, imaginativo, absorto

en Córdoba y sin saber de Rosaura, y de este modo adquirí alguna noticia. Sagaz, astuto y mañoso, solicité la amistad muy estrecha con un mozo

de la casa de Rosaura,  
y éste me refirió como  
á Madrid se la llevaron.  
Aquí quedé pesaroso  
por saber de que su padre  
la prometió afectuoso  
en Madrid á un caballero;  
á buscarla me dispongo,  
y tomando de mi casa  
doscientos pesos en oro,  
y disponiendo el viaje  
pronto en camino me pongo.  
Salgo de Córdoba, y entro  
en aquel espeso toldo  
de la gran Sierra-Morena,  
aquel pirámide bronco,  
aquella torre de ramas,  
aquel vergel tan frondoso  
de árboles, flores y plantas;  
busco á Rosaura entre troncos;  
loco y sin sentido digo:  
montes, valles, sierras, mónstruos,  
aves que volais, decidme  
con vuestros picos sonoros;  
¿pasó por aquí Rosaura?  
no me la negueis piadosos.  
No hallando á mi mal consuelo,  
breve las jornadas corro:  
entré en Madrid una tarde;  
aquí quedé más absorto,  
por hallar en este sitio  
gentío más numeroso,  
porque buscar á Rosaura  
en sitio tan populoso  
era buscar una aguja  
en ese intrincado golfo.  
En fin pasé á una posada,  
tomo cuarto y me acomodo:  
dí principio á mis intentos,  
examinándolo todo.

Los balcones de palacio  
registro muy cuidadoso,  
pues como Rosaura era  
encanto tan prodigioso,  
me pareció que en palacio  
depositarla era poco.  
En Madrid pasé tres meses  
de este referido modo  
sin saber en qué paraje  
existe la que yo adoro.  
En fin pasé á despedirme  
del lucero prodigioso,  
de Atocha sagrada Reina,  
Madre de Dios poderoso;  
entré en su templo una tarde  
y á su sagrado me acojo,  
diciendo: Sacra Princesa,  
Madre de los hombres todos  
si conviene que Rosaura  
sea mi esposa, en vos pongo  
hoy todas mis esperanzas,  
pues que soy vuestro devoto.  
Esta petición la hice,  
y salgo de allí lloroso,  
en ocasión que pasaban  
dos coches y cuidadoso  
miro por las vidrieras  
y en el uno reconozco  
y veo como es Rosaura;  
aquí me quedé gustoso,  
parecióme que soñaba.  
Sigo el coche presuroso,  
y en breve tiempo llegaron  
á un palacio suntuoso,  
donde bajando del coche  
adentro se entraron todos.  
Confuso quedé en la calle,  
y preguntándole á un mozo  
que se entraba con las mulas  
dígame usted, pues lo ignoro

¿es de Córdoba esa dama que entró dentro? Dijo pronto verdad es lo que usted dice, es de Córdoba, y ha poco, que vino acá esa señora, mi señor es tío propio suyo y la tiene tratada de casar con un famoso caballero, aquí en Madrid. Vertiendo llanto mis ojos fuí á mi cuarto; discurriendo arbitrios, trazas y modos, para que sepa Rosaura que estoy en Madrid: dispongo lo mejor, que fué comprar cuatro cintillos de oro muy ricos y un cofrecillo pequeñito y muy curioso. Metí dentro los cintillos, y el guante que en el arroyo perdió Rosaura, y la cinta que ella me entregó á mi propio cuando la encontré en el Monte: y resolviéndome á todo, en el nombre de su padre la escribí de aqueste modo: «Hija Rosaura, permitan »los cielos tan poderosos, »el que estas letras te hallen »como deseo yo propio; »en casa, para servirte, »quedamos todos gustosos. »Te envío cuatro cintillos »muy ricos de fino oro, »y la cinta que me diste, »que te guardara yo propio, »bien te acordarás Rosaura »del guante que en el arroyo »perdiste, también te envío, »y todo lo lleva un mozo.»

No dije más y con esto cierro la carta y le pongo la llave á mi cofrecillo: tomé la calle y ansioso llegué al postigo y tocando, al instante bajó un mozo y le dije: compañero, de parte de don Antonio de Carrero, que reside en Córdoba, traigo un poco de recado á una señora, y allá me dijeron: como residía en esta casa. Al punto respondió el mozo no se puede ver ni hablarla. Yo le dije: importa poco, no necesito de verla, ni hablarla tampoco: sólo diga usted á esa señora, que si mañana á las ocho no ha escrito carta, no puedo llevarla que me es forzoso el partir yo á esa hora: respondió lo diré pronto. Tomó el cofre y lo entró dentro: yo me despedí gustoso, y pasé toda la noche revolviendo promontorios de pensamientos, y el día vino con rojos asomos. Llegué al postigo tocando, con pasos muy presurosos salió Rosaura y con ella salen otras seis ú ocho. Pasmada quedó de verme: salióle el color al rostro, y me dijo: caballero, ¿sois de Córdoba? Y respondo: no, señora, pero soy cerca de sus contornos,

y asisto para serviros  
en el arroyo del Oso.  
Dijo Rosaura: ya he visto  
este sitio montuoso.  
Pues dígame usted á mi padre  
que no sea perezoso  
en ejecutar lo escrito.  
Y con disimulo airoso  
me dió Rosaura una carta,  
que decía de este modo:

«Aunque en nombre de mi padre  
»me escribes con tal rebozo  
»el guante y la cinta dicen  
»que eres mi querido esposo.  
»Supuesto que me has buscado  
»tan atento é ingenioso,  
»has de saber dulce dueño  
»que mi tío cauteloso,  
»me ha tratado casamiento  
»con un caballero mozo  
»de aquí de Madrid, más tú  
»has de ser mi amado esposo.  
»Para esta noche á las doce  
»dueño mío vendrás solo,  
»y en una reja que tiene  
»dos palmas, estarás pronto  
»en hacer alguna seña,  
»que ese es mi retiro propio,  
»y una cuerda de diez varas  
»has de traer que es forzoso,  
»bajar desde la azotea,  
»y aunque el paso es peligroso  
»atropellaré peligros,  
»porque tu seas mi esposo.»  
No dijo más, con esto  
quedé señores tan loco,  
que llegué casi á dudar

fuera mío tanto gozo.  
Previne pues mi partida,  
y la maleta dispongo,  
de la posada me salgo,  
y acompañándome un mozo,  
discurrí por los paseos  
por no parecer ocioso,  
y dando el reloj las doce,  
al sitio fui presuroso.  
Llegué al postigo y tocando  
con presteza y alborozo  
asomó ella y me dijo:  
amante y querido esposo,  
recibe esta ropa y dame  
la cuerda y se la di pronto.  
Aseguróla, y bajando  
con un denuedo animoso,  
yo la recibí en mis brazos,  
y de allí marchamos pronto.  
Al otro siguiente día  
diligente y cuidadoso,  
hallé un coche que pasaba  
á Córdoba de retorno,  
donde iba un caballero  
y una señora gozosos  
de haber un pleito ganado.  
Nos recibieron gustosos  
y refiriéndoles luego,  
Rosaura el suceso todo,  
á su casa nos llevaron,  
y quiso pasar el propio  
á darle cuenta á el Obispo;  
y como padre amoroso  
mandó que nos desposaran,  
y fué ejecutado pronto.  
Compusieron las partes,  
quedando todos gustosos.

FIN

